

PROCESOS CÉLEBRES

DE

TODOS LOS PAÍSES.



SALVADOR MANERO,—EDITOR.

PROCESOS CÉLEBRES

DE

TODOS LOS PAÍSES.

PUBLICADOS BAJO LA DIRECCION

DE

D. JOSÉ LARIBAL,

Abogado del Ilustre Colegio de Barcelona.

EDICION ILUSTRADA

CON GRABADOS INTERCALADOS REPRESENTANDO RETRATOS, PLANOS, VISTAS,
FACSIMILES, Y CUANTO PUEDA CONTRIBUIR Á ILUSTRAR LOS HECHOS MAS NOTABLES DEL TEXTO.

TOMO II.

BIBLIOTECA DE LA
SUPREMA CORTE DE JUSTICIA DE LA NACION

BARCELONA.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL DE SALVADOR MANERO,

LAURIA, 82.—LEONA, 13.

-14.5
i² 163 p
V.2

~~~~~  
ES PROPIEDAD DE SALVADOR MANERO.  
~~~~~

PROCESOS CÉLEBRES DE TODOS LOS PAÍSES.

DONON-CADOT.

(1844.)

PARRICIDIO.



Le di un golpe con toda mi fuerza.

Casi desconocido en las sociedades antiguas, el parricidio ni previsto estaba en las legislaciones de Grecia y de Roma. Solo despues de seis siglos de civilizaciou se vió precisado el legislador romano á

TOMO II.

dictar una pena contra el asesinato del padre ó de la madre. Y la pena fué excepcional como el mismo crimen. Metiase al reo en un saco de cuero que luego se arrojaba al mar; despues, se metieron con él

2

cuatro animales dañinos, un perro, un gallo, una víbora y un mono.

El antiguo derecho francés se negó en un principio á admitir que un hijo pudiese matar al autor de sus dias, y hasta 1791 no hubo en este punto mas que la jurisprudencia de las sentencias. Todavía hoy el castigo del parricida se verifica con formalidades agravantes que lo señalan á los espectadores como á un mónstruo cuya fisonomía no debe empañar la luz del sol. Unicamente á partir de 1832 suprimió la ley la mutilacion de la mano criminal.

Y hé aquí, sin embargo, un proceso tristemente famoso, en el que un abogado de la ley aterra á la conciencia pública con esta triste revelacion: «¡Francia ha visto cometer, en diez años, noventa y cinco parricidios!»

¿Qué se ha hecho del espíritu de familia en una sociedad semejante, y qué siniestras causas son las que multiplican de este modo estos crímenes, rarísimos en otros tiempos?

Los lazos de la familia se han relajado al par que los demás lazos sociales, y la codicia explica la mayor parte de los parricidios.

¿Cuál es, en efecto, en Francia, principalmente en los campos, la causa mas ordinaria de este crimen? Un cabeza de familia ha trabajado cincuenta ó sesenta años para mantener á los suyos. Un día, faltante las fuerzas y sus hijos son hombres. Todo lo que posee la familia ha salido de aquella mano sufriendo; pero aquella mano no puede trabajar ya y fecundar la tierra. El anciano es ya inútil. Se le hace comprender su inutilidad y sus hijos lo llevan á casa de un notario para que les abandone, á ellos que son mas vigorosos, los bienes que supo adquirir. Estipúlase una renta, frecuentemente solo se promete. Y un día el hijo ingrato piensa que su padre vive demasiado y que tiene que mantenerlo sin hacer nada. Escatímase los alimentos del inválido y la nuera murmura al tener que satisfacer á una boca inútil.

El que escribe estas líneas comia un día en casa de un alcalde de poblacion rural. Un viejo aldeano, en extremo achacoso, mal abrigado en Diciembre con un pantalon de tela azul y con una blusa hecha girones, entró en el comedor. Lloraba y miraba con ánsia desesperada la bien provista mesa.

Nos levantábamos, movidos por la compasion, para consolar tanta miseria, cuando el alcalde, viejo aldeano tambien, le dijo:—Vamos! tío Durand, ¿qué hay de nuevo?—Buen señor, mi hijo no quiere seguir pagando la renta, y mi hija me niega el pan; dicen que los holgazanes no deben comer.—Tío Durand, respondió el alcalde, justamente hace treinta años que tu padre mendigaba por los caminos porque tu le negabas el pan; y sin embargo, él te lo habia cedido todo por una renta que tu no le pagabas. A cada uno le toca á su vez, y tal padre, tal hijo. No te hacen sino lo que tu mismo hiciste.

Esta espantosa codicia, desarrollada por las dificultades de la estrecha y dura codicia del campo, termina á menudo con el parricidio, y la coclusion mas comun es la sopa con arsénico, ó el suicidio simulado del anciano.

¿Pero, qué decir cuando esta mortal codicia se manifiesta en las familias de nuestras ciudades y resiste á la influencia moralizadora del bienestar y de la educacion? ¿Puede entonces ser demasiado severo el juez? Esto es lo que explicará á los lectores, en el famosísimo proceso Donon-Cadot, la energia especialísima de la acusacion. Apresurémonos, sin embargo, á decir que en este proceso desapareció el parricida ante un veredicto del Jurado. Mas el penoso doble sentido que el lector descubrirá en la sentencia del culpable, se explica indudablemente por el justo horror que los jueces experimentaron al ver en aquella desgraciada familia rotos los lazos naturales por las mas bajas pasiones, corrompido el sentido moral por el egoismo, por los celos y por la codicia.

El 15 de Enero de 1844 se cometió en mitad del día un crimen audaz, en unas habitaciones al alcance, por decirlo así, de las miradas de todo el mundo, en una de las calles mas frecuentadas de la pequeña y tranquila villa de Pontoise, (departamento francés del Seine-et-Oise.)

El señor Donon-Cadot, antiguo comerciante de trapos y de mercería, que en 1837 habia dejado aquel comercio para dedicarse á operaciones mercantiles y de barca, hombre rico, ó, á lo menos, tenido por tal, habitaba en aquella época una casa de la calle Basse-della-Vannerie. Viudo hacia siete años,

tenia dos hijos, Carlos, casado en Pontoise, y Alejandro-Eduardo, recién salido del colegio, el cual vivía solo con él. La casa del banquero Donon-Cadot era de las más modestas, y su parsimonia era calificada por algunos con una palabra menos favorable. Su servidumbre consistía en una sola mujer que hacía las faenas de la casa, la tía Mazy.

El 15 de Enero, Donon-Cadot había entrado por la mañana, como de costumbre, en su despacho, pieza situada en el piso bajo y que recibía la luz por dos ventanas que daban á la calle. La criada le había llevado, á eso de las siete y media, su habitual desayuno de café, marchándose cerca de las ocho después de haber recibido encargo de volver una hora más tarde para cobrar varias cuentas, porque era día de vencimientos.

A cosa de las nueve, un médico, el señor Deslions, había visto al banquero sentado á una mesa delante de la chimenea y hablando con un individuo que estaba á su derecha. Algunos minutos después volvió la criada, y encontró en la puerta á una mujer, Lamarre, que deseaba hablar al señor Donon-Cadot, y la cual llamaba por segunda vez. Salió á abrirles el joven Eduardo Donon, quien les dijo que su padre había salido y que indudablemente no tardaría en volver. Como á las nueve y media, el señor Hancourt al pasar por delante de la casa vió agitarse fuertemente las cortinas de una de las ventanas del despacho, y detrás de ellas á un hombre de pié, que él creyó que era el mismo banquero.

Sin embargo, cerca de las cuatro de la tarde el señor Carlos Donon recibió aviso de su hermano Eduardo de que su padre faltaba de casa desde por la mañana sin motivo conocido, y de que aquella ausencia prolongada en un día de vencimientos, inspiraba inquietudes.

El señor Carlos Donon y su mujer fueron á casa de su padre. Antes de entrar creyeron ver por los intersticios de uno de los visillos del despacho un reguero de tieta y de sangre en aquella pieza, y en el fondo un cuerpo tendido. La señora Hamot, tía de los jóvenes, y su yerno el señor Favry, vieron también aquellas alarmantes apariencias.

No encontrándose la llave del despacho, se echó abajo una de las hojas de la puerta, y el señor Cá-

los Donon al meter la mano por aquella abertura cogió una mano helada. ¡No había duda, era la de su padre!

Dióse parte á las autoridades, un cerrajero abrió la puerta, y vióse un espectáculo horroroso. El cuerpo de Donon-Cadot se hallaba boca abajo, las piernas extendidas y juntas, á lo largo del zócalo de madera que daba frente á las ventanas. La cabeza, cubierta con una gorra, y parte del cuerpo, estaban bañadas en un enorme charco de sangre; en medio de la habitación había otro. Sobre la sangre se había echado ceniza que luego había sido arrojada á la chimenea. El cuello de la camisa estaba desgarrado, arrancados muchos botones del chaleco, y sobre las ensangrentadas manos se habían bajado las sobremangas de terciopelo del paletó manchado de sangre por la espalda. El entarimado, el fondo de una pequeña mesa colocada cerca de la chimenea, el espejo, las jambas de la chimenea y el papel de las paredes estaban salpicados por numerosas gotas de sangre. Las cortinas de las ventanas tenían á la altura de un hombre la mancha producida por una mano ensangrentada que las había cerrado. En el escalon exterior y en la habitación había algunas huellas ensangrentadas marcadas por un calzado claveteado. En la puerta del despacho, cuya llave había desaparecido, el tirador interior estaba manchado de sangre, en tanto que el exterior no tenía ninguna señal.

Apenas si se podía reconocer la cabeza de la víctima. La mandíbula superior, y los huesos que forman la fosa temporal derecha estaban rotos; los dientes también rotos ó fuera de sus sitios; anchas y profundas heridas se veían escalonadas en la sien derecha; la oreja de este lado estaba hecha varios girones; en la región temporal izquierda se había producido un chichón por el golpe de la cabeza contra el entarimado.

El crimen se había, pues, cometido con un instrumento contundente, manejado con gran fuerza. El móvil había sido el robo, porque se había forzado un secreter, valiéndose de unas tenzas que se habían dejado sobre una caja que estaba cerca de aquel mueble, cuyos cajones abiertos se hallaban vacíos. Los de la mesa del despacho, y otro mueble que estaba entre las dos ventanas y sobre el cual había un

pupitre, habían sido registrados. Cerca de la ventana mas próxima á la puerta, en un armario entreabierto se veia vacío un estuche de objetos de plata, y tirados por el suelo registros, papeles y cajas de carton.

Eduardo Donon, consultado sobre la importancia de las sustracciones, dijo que faltaban: 1.º tres carteras de tafíete verde, ordinariamente colocadas en el pupitre, y que contenian efectos de comercio por valor de 5 á 600.000 francos; 2.º seis cubiertos y doce cucharas pequeñas de plata; 3.º una suma de 5 á 6.000 francos en billetes de banco ó en metálico, que debian estar en el secreter.

El crimen tenia que haberse cometido antes de las diez y despues de las nueve de la mañana. Desde la vuelta de la criada, el asesino debió estar solo, en el despacho, en presencia del cadáver de su victima. Cuando Hancourt veia, á las nueve y media, agitarse las cortinas, el asesino vaciaba los armarios. La criada volvió otra vez un poco antes de las diez; había oido, despues de haber llamado con la campanilla, un ruido de pasos en las habitaciones bajas, y sorprendida de que no abrieran, había mirado por un rincón de la ventana no cubierto enteramente por las cortinas, y creyó ver un singular desórden, algo como una estufa derribada, cañones por el suelo y regueros de hollin. Sabido es lo que ella veia.

En los momentos del asesinato, solo una persona estaba en la casa con la victima, su hijo Eduardo. Eduardo era quien había anunciado á las señoras Mazy y Lamarre, y poco despues á un tal Chenevières de la Ermita, y á otras varias personas la ausencia de su padre. Hasta las cuatro de la tarde Eduardo Donon había permanecido en la casa, y sin embargo, nada había visto, ni oido, salvo el sonido producido por una moneda de cinco francos al caer sobre el entarimado.

Se había levantado, segun decia, á las ocho y media, y despues de haber bajado por leña á la leñera y de haber dado algunos paseos por el jardín, había subido á su habitacion situada inmediatamente sobre el despacho, del cual no estaba separada sino por el espesor del techo. Cuando fueron las señoras Mazy y Lamarre, trató de alzar el pestillo de la puerta del despacho, y viendo que no estaba puesta la

llave creyó que había salido su padre. Durante lo demás del dia, había despedido por esta causa á todas las personas que llamaron á la puerta. Finalmente, mas tarde, impaciente, inquieto, había tocado á la puerta, llamado á su padre, y viendo que no le contestaba, miró por encima de la puerta y creyó ver que todo estaba en órden. Sin embargo, aquellas cortinas corridas eran el indicio ordinario de una partida para París; pero en estos casos su padre le dejaba la llave. Entonces, vago temor se apodera de él, y no atreviéndose á permanecer solo en aquella casa, había corrido á casa de su hermano.

Al dia siguiente comenzó á conocerse el terrible misterio de este crimen. Dicho dia y los siguientes, la mayor parte de los efectos de comercio sustraídos del despacho fué devuelta por el correo de París, de Saint-Denis y de Poissy, á nombre de Donon-Cadot y del ogier Judin. Aquellos documentos, en número de 468, importaban 299.590 francos y 75 céntimos.

Seguíase sin conocer al autor de aquella restitucion cuando se supo que, al dia siguiente de cometido el crimen, se había presentado en Viarmes un jóven de quince á diez y seis años en casa de los señores Julien y Georges, y cobrado el importe de dos efectos de comercio que formaban parte de los que habían sido robados. Opusieron negativas al pago de los documentos no devueltos, y el 10 de Febrero un tal Gillet, comerciante de vinos en Houilles, se negó á pagar uno de 300 francos que le presentó el jóven que el mes anterior había ido á Viarmes; el 16 de Febrero el jóven fué detenido en Argenteuil en el acto de presentar para cambiarlo un billete de 100 francos.

Aquel jóven declaró llamarse Carlos Rousselet, que vivia con su padre, el cual era cerrajero de Sannois. Se fué á casa del padre, y en ella se encontró una mano de papel semejante al de los sobres, dentro de los que se habían devuelto los billetes á Pontoise.

Rousselet no estaba en casa; pero no había abandonado el pueblo. Hallábase oculto en una cabaña dependiente de un pequeño jardín que estaba lejos de las habitaciones. Allí se le prendió el 18 de Febrero, á eso de las siete de la mañana. Estaba sentado, con aire pensativo, cerca de una mesa de jar-

din; tenía una pistola cargada y montada al alcance de su mano, y al lado de un litro de aguardiente. En las paredes de la cabaña y cerca de la puerta, se leía la siguiente inscripción, trazada con la punta de un cuchillo:

Aquí es donde yo debo morir.

*Mi tumba se halla á treinta metros de esta puerta,
y á un metro de la pared.*

ROUSSELET, padre.

No lloreis sobre mi tumba;

al cavarla, la he regado con mis lágrimas.

Al ruido que hicieron los gendarmes para abrirse paso, se levantó, miró, y, reconociendo á los agentes de la fuerza pública, se dejó prender sin oponer resistencia, y sin intentar servirse de su arma contra los demás ó contra sí mismo. A la distancia indicada por la inscripción se encontró, en efecto, cavada una fosa.

Rousselet confesó que había enviado á su hijo á cobrar los documentos, despues de haber puesto en ellos un recibí y firmas imaginarias; confesó tambien que había remitido los demás á la familia Donon. Pero dijo que se los había encontrado en la estacion del ferro-carril de Rouen, en Paris.

Dos dias despues confesó su participacion en el crimen, cometido, segun dijo, por un jardinero, por instigaciones del hijo Eduardo Donon. «Mientras que el jardinero daba el golpe, dijo contestando á las preguntas del juez instructor, su amigo, que lleva anteojos (es muy conocido del señor Eduardo), de edad de treinta y seis años, de baja estatura, cabellos y cejas de color oscuro, barba en forma de collar del mismo color, no muy poblada, de bastante buen aspecto, de corpulencia ordinaria, con un pantalón y un paletó oscuros, y con una gorra en la cabeza, espiaba en la escalera. Entré en el gabinete del señor Donon con el jardinero. Este fué el que corrió las cortinas despues de haber tendido en el suelo á su amo, valiéndose de una llave inglesa.»

Las confesiones de Rousselet habían, por fin, orientado á la justicia; se puso en libertad á varias personas detenidas con alguna ligereza y se tomaron medidas para apoderarse del hijo de la víctima. Los magistrados no abrigaron la mas leve duda sobre la culpabilidad del jóven Eduardo, y aún creyeron re-

cordar ciertos indicios que mas pronto deberian haberles puesto en camino. Su actitud despues de la muerte de su padre revelaba frialdad y cierto embaraço. «¿Cómo no había oido nada cuando solo lo separaba de su padre el techo de la habitacion de éste? ¿Cómo explicar aquella indiferencia todo el dia por la ausencia no acostumbrada de su padre, y en un dia de pagos? ¿Y aquella restitucion del asesino no indicaba una extraña solicitud á favor de los hijos del que acababa de matar?»

Se recordaron entonces las contradicciones de lenguaje en las que no se había reparado en un principio. Así, por ejemplo, para explicar cómo había podido creer que su padre se hubiera ausentado, Eduardo había dicho el 7 de Febrero, que su padre le dijo el dia antes de su muerte que tenía intencion de ir á Paris á procurarse el dinero necesario para sus pagos; mas el 17 de Enero había declarado que el señor Donon-Cadot tenía para hacer frente á dichos pagos de 5 á 6.000 francos en metálico ó en billetes de banco.

Habiéndole preguntado el juez de instruccion cómo creyó que murió su padre, Eduardo había contestado balbuceando: «Creí que por asfixia.»

El 22 de Febrero se expidió orden para prender á Eduardo; pero el dia antes había salido de Pontoise y marchado á Paris con su hermano. Permaneció allí sin justa causa, y fué á reunirse al pasaje del Gran-Cerf con una tal Carolina Mérandon. Pasaron juntos parte de la tarde y todo el dia siguiente; la llevó al teatro, y fueron despues á pasar la noche á una casa de la calle de Saint-Denis, donde declararon llamarse señor y señora de Planat. Aquella jóven había servido en casa de Donon-Cadot, y había sido querida del padre y del hijo.

El 23 los prendieron dos agentes al salir de un restaurant. El primer movimiento de Eduardo fué exclamar: «Si álguien ha hecho daño, soy yo. Carolina nada tiene que ver con esto; soy yo solo.» Interrogada Carolina, no pudo ocultar que había, en sus conversaciones con Eduardo, manifestado á esta sospechas contra él mismo, con motivo del crimen de Pontoise. «Pensé en él, dijo ella al juez, conociendo la mala inteligencia que reinaba entre el padre y el hijo.» Añadió que Eduardo le había dicho que había

soñado que un cerrajero de Sonnais era quien habia matado á su padre, y algunos dias antes del asesinato habia tenido el presentimiento de lo que él llamaba el *accidente*.

Aquella prision del jóven Eduardo, en los momentos en que se entregaba á vergonzosos placeres con una jóven, querida, no hacia mucho, de su padre, no era de naturaleza para debilitar la certidumbre adquirida por los magistrados. La misma Carolina Mérandon, aquella jóven que á la vez se habia entregado al padre y al hijo, que se entregaba todavia al que sospechaba que habia cometido el mas horrible de los crímenes, no pudo menos de vacilar en aceptar el convite para ir al teatro.—«¿Cómo podeis pensar en semejante diversion, habia dicho á Eduardo, estando tan próxima una desgracia como la que ha pasado?—¡Bah! Dejaos de cosas, habia respondido Eduardo, ¿caso soy conocido? ¿Se sabe en París lo que se hace?»

Eduardo habia negado al principio la antigüedad de sus relaciones con aquella jóven, y luego se vió precisado á reconocer que databan de 1842. Carolina habia confesado que las querellas de celos sostenidas entre el padre y el hijo, le obligaron á salir de Pontoise.

Aquellas indicaciones tan graves parecieron agravarse mas con el descubrimiento hecho el 25 de Febrero, en un mueble del comedor de Pontoise, de una llave que habia desaparecido el dia del crimen: la llave del despacho. Dicha llave, que por lo lustrosa revelaba su uso, fué presentada á Eduardo, que dijo haberla encontrado pocos dias antes de su ida á París.—«Por qué, se le dijo, no habló de este descubrimiento?—¡Oh! respondió Eduardo, esto habria dado lugar á historias. Por lo demás, hablé de ella al guarda de los sellos.

Interrogado este hombre, dijo que Eduardo nunca le habló de aquella llave.

Mas Rousselet habia dicho que no habia cerrado la puerta del despacho al marcharse, que en aquel momento no estaba puesta la llave y que Eduardo la habia quitado con cuidado algunos instantes despues de cometido el crimen.

Estos cargos tan graves hicieron tal impresion sobre el jóven Eduardo que el 25 de Febrero, des-

pues de un largo y severo interrogatorio, trató de suicidarse. Un gendarme lo sorprendió en el momento en que ataba á los hierros de su ventana una larga corbata anudada al cuello.

Al mismo tiempo, la instruccion revelaba contra el hijo de la victima deplorables antecedentes. Perezoso, sombrío, detestado por todos, habia sido expulsado de todos los establecimientos de educacion á que habia sido llevado. El principal del colegio de Pontoise, declaró que Eduardo le habia dicho: «No quiero á mi padre, ni quiero á nadie.»

«Estas palabras fueron pronunciadas con tono muy resuelto, añadió el principal, y no pude menos de reñirle: cogiéndole entonces por un brazo le dije: «Salid, sois un monstruo; voy á volveros inmediatamente á casa de vuestro padre.—Y así lo hice, compadeciendo al pobre señor Donon de tener tal hijo.»

Otros testigos declararon que las relaciones entre el padre y el hijo no eran cordiales; que se pasaban dias sin que se dirigiesen la palabra, y que cuando comian juntos lo hacian sin hablarse. Eduardo se quejaba á menudo de la avaricia de su padre, y tenia celos de su hermano mayor. El 1.º de Enero de 1844, olvidando la piadosa costumbre observada en todas las familias, no felicitó á su padre el año nuevo, y fué menester una carta irritada del señor Donon-Cadot y la intervencion de los parientes mas próximos para llegar á una especie de reconciliacion.

No habia, sin embargo, en todo esto mas que indicios, y, hasta entonces, la culpabilidad del jóven Donon no descansaba mas que sobre las afirmaciones á menudo contradictorias y mentirosas de Rousselet, quien ya abandonaba la invencion del jardinero y del hombre de los anteojos.

La primera confrontacion de ambos acusados fué de las mas dramáticas.—«Soy culpable, dijo Rousselet, desde que se le dirigió la primera pregunta; yo soy quien ha cometido el crimen; pero el hijo Donon fué quien me indujo á cometerlo; durante dos meses me estuvo hablando de él.—¿Cómo, miserable! exclamó con violencia Eduardo, levantándose furioso, me acusais! No soy culpable.» E hincándose de rodillas: «¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡acusarme de la muerte de mi padre!»

Eduardo se levantó en seguida, y mirando á

Rousselet con amenazadores ojos, apretando los puños, le dijo: «¡Miserable! Jamás lo olvidaré: ¡acusarme de la muerte de mi padre!» Los gendarmes se arrojaron sobre él y costóles trabajo contenerle. Tan pronto lloraba y se abatía, como se reanimaba y amenazaba á su acusador. Rousselet, sin embargo, continuaba afirmando con calma.—Le conozco, dijo, desde hace tres ó cuatro años; pero no le conocía como le conocí dos meses antes del 15 de Enero. Á pesar de la exaltacion que ahora tiene, puedo aseguráros que acabará por reconocer que he dicho la verdad.»

Y aquí nueva crisis de cólera por parte de Eduardo; se agita, llora y amenaza.

Pregunta.—¿En qué ocasion y por qué causa habeis visto mas frecuentemente á Eduardo Donon dos meses antes del asesinato?

Respuesta.—Deberia preguntársele á Eduardo: desde que quiso inducirme á cometer esta mala accion, se mostraba mas amigo mio que de ordinario.

P.—¿Qué dia os hizo la proposicion directa de asesinar á su padre?

R.—El 5 de Diciembre; aquel dia me dijo que daría de buen grado 100.000 francos, si quisieran desembarazarle de su padre. Me habló de varias señoritas, principalmente de la señorita Duné.

Eduardo, con mas calma.—Eso es verdad; pero no fué el 5 de Diciembre cuando tuvo lugar aquella entrevista, sino el dia de Navidad. Habia él entrado en mi habitacion, miraba los cuadros, y por decirle algo, le hablé de las bodas de la señorita Duné, de Sannois, y de una hermana de aquella señorita.

Rousselet.—Eduardo, te equivocas, como te lo probaré: hablé de eso en el comedor, pero no fué aquel dia: fué la primera vez que yo te ví, esto es, mucho tiempo antes. Lo sabe muy bien; pero hace como que lo ignora. Era en los últimos dias de Noviembre. Me dijo que acababa de salir del colegio, y le contesté que era una felicidad para un jóven guapo como él tener fortuna. Y entonces me dijo que de ella no disfrutaba, y añadió con un gesto de desprecio: «¡Ah! mi padre!...»

Eduardo.—Eso es falso.

P. á Rousselet.—¿En qué comedor pasó eso?

R.—En el que dá al jardin.

Eduardo.—Eso es falso. Pero, ¡miserable! sé que conocias demasiado bien los lugares.

Rousselet.—Si los conozco bien, sabe perfectamente que esa es tu confesion.

Eduardo, á Rousselet.—¿Por qué causa, pues, habiais entrado en aquel comedor?

Rousselet, (tranquilamente).—Sabes muy bien que tú fuiste quien me llevó para hablarme de tu salida del colegio.

Eduardo Donon no responde y se echa á llorar.

Rousselet prosigue en su declaracion.—Despues de las primeras palabras del 5 de Diciembre, el 25 fué cuando me propuso terminantemente la ejecucion del crimen. Yo vacilaba siempre; le decia que no podria decidirme á matar á su padre, que era amigo mio, y me contestó: «Con la fortuna que yo os aseguro, se adquieren amigos.» Aquel dia pronuncié el sí fatal. Si se empeña en negarlo, no puedo arrancarle la verdad del corazon; pero sabe muy bien que digo la verdad. Para decidirme hizo mil monadas y me dirigió mil elogios. No era tan descarado como hoy. Pero acabará por decir la verdad; *no se puede vivir con algo sobre el corazon.*

Y como Eduardo exclamase: «Eso no son mas que mentiras; ¿cómo quereis que yo responda?» Rousselet insistió.—En nada miento. ¿He inventado que me habló de una jóven á quien amaba y á la que tambien amaba su padre? ¿Y cómo he podido saberlo? No me lo han dicho las paredes. El 5 de Diciembre fué cuando por primera vez me habló de aquella jóven, de los celos que habia sentido contra su padre, y del deseo que tenia de vengarse. Este es el sentimiento que lo ha conducido hasta aqui, porque hasta despues no me habló de la avaricia de su padre. ¿Es esto verdad, Eduardo?

Eduardo permaneció callado. Interpelado por el juez de instruccion, negó que hubiese hablado á Rousselet de Carolina Mérendon. Dijo que el 25 de Diciembre ya no hacia caso de aquella jóven, á la que no ha amado hasta despues que fué preso.

Entonces Rousselet, en presencia de aquel á quien designaba como cómplice suyo, reprodujo el relato de la horrible escena del 15 de Enero: los sollozos ahogaban su voz. «Y su bárbaro hijo no siente tanto pesar como yo,» dijo al terminar.

¿Qué debía deducirse de aquella entrevista? ¿De parte de quien estaba la hipocresía? La instrucción creyó reconocer en las acusaciones de Rousselet el acento de la verdad.

El incidente de la llave se había reproducido en esta confrontación, y Eduardo había dado una nueva explicación. Según él, no había dado importancia al hallazgo de aquella llave, creyendo que era la segunda llave que el señor Donon-Cadot guardaba ordinariamente en su habitación. La instrucción daba crédito á la declaración de Rousselet, que decía que había oído á Eduardo quitar la llave de la cerradura; veía la prueba de la veracidad del asesino en esta otra declaración, que él había dejado, al salir, entreabierta la puerta del despacho. Y en efecto, se había observado sangre en el tirador interior, y no en el exterior; la mano ensangrentada del asesino había tocado, pues, á la puerta para abrirla, pero no para cerrarla.

Las extrañas respuestas del joven servían perfectamente para confirmar á los magistrados en el pensamiento de su culpabilidad. Así, habiéndoselo hecho observar que si se había negado á felicitar á su padre el día de año nuevo, era sin duda porque, como decía Rousselet, se había señalado el 3 de Enero para la ejecución del crimen, «si eso fuera verdad, respondió, eso habría sido una razón mas para desearle que pasara feliz el año.»

A pesar de esas nuevas indicaciones, la instrucción seguía extraviándose buscando otros culpables. Las declaraciones de Rousselet señalaban á un cómplice desconocido, y algunos testigos decían haber visto rondar por junto al teatro del crimen á un hombre de siniestra catadura. Descubrimientos hechos en los papeles de la víctima, hicieron creer un momento que se estaba sobre la pista de aquel cómplice indescubrible.

Se halló en el libro de cuentas corrientes y en el diario del señor Donon, esta extraña nota:

«3 de Agosto de 1842, á las dos de la madrugada de este día, el señor Landrin me hizo contraer el compromiso de pagar dos efectos, firmados por la Señora, el 31 del corriente. . . 2.500 fr.
 »Y el de 31 de Octubre. . . . 3.000 »
 »Ambos á mi favor.» 5.500 »

Ambos billetes fueron hallados, en efecto, en el armario de la alcoba del señor Donon. ¿Qué significaba aquella transacción tan singularmente impuesta? Indudablemente había allí un lazo y la indicación de un escándalo privado.

El señor Landrin era un contratista de transportes por agua, y al mismo tiempo explotaba canteras. Había estado largo tiempo en relación con el señor Donon, que le había hecho importantes préstamos. La señora Landrin confesó que habiéndola sorprendido su marido á las dos de la madrugada, acostada con el señor Donon-Cadot, éste había sido obligado á firmar un compromiso de pagarse á sí mismo los dos efectos en cuestión, firmados por la mujer á nombre del marido, que no sabía escribir.

Landrin no trató de negar nada, y durante la instrucción, el 16 de Marzo, fué encontrado ahorcado en su alcoba. Ya un mes antes había tratado de asfixiarse.

Esto probaba una vez más, que había desorden en la conducta y en los negocios de la casa del señor Donon-Cadot.

De pronto, el 26 de Marzo, Eduardo Donon escribió al consejero instructor diciéndole que tenía que hablarle de cosas importantes, y en aquella entrevista declaró que habló del crimen con Rousselet; que sabiendo éste las causas de los celos que existían entre su padre y él, le dijo: «Es muy enojoso que un joven guapo como usted no pueda gozar de su fortuna, y se vea reducido á seguir las huellas de un anciano.» Y sacando de debajo de su blusa un instrumento de hierro, Rousselet añadió: «Pues bien! no necesitaría yo mucho tiempo con un instrumento como este; muy pronto tendería en el suelo á un hombre.»

Que Eduardo Donon acogió con el silencio aquellas insinuaciones, y que despues de algunas entrevistas con Rousselet, el 15 de Enero oyó de pronto salir del despacho un grito espantoso.

«Me apresuré á bajar, añadió; hallé cerrada la puerta, pero la llave estaba en la cerradura; abrí la puerta, y al punto ví el cadáver de mi padre tendido delante de la chimenea. Di voces pidiendo socorro. Pero dirigiéndose Rousselet hacia mí y levantando el brazo teniendo en la mano el pedazo de hierro con

que acababa de matar á mi padre, me dijo: «Si dices una palabra, te mato.» Yo repuse: «¡Ah! ¡si estuviera aquí mi hermano!» Entonces Rousselet me interrumpió, diciéndome: «Cállate, tu hermano es mi cómplice, y si me delatas, te perderás como toda tu familia.»

»Me escapé, subí á mi habitacion y me puse á la ventana, porque temia que Rousselet subiese. Como un cuarto de hora despues lo oí salir del despacho y al punto me apresuré á bajar; la puerta del despacho estaba abierta, pero la llave estaba puesta; ví que el cuerpo de mi padre habia sido colocado á lo largo de la leñera. Me acerqué gritando: «¡Padre mio!» No me respondió; cogí su mano, y ví entonces que estaba muerto. Quité la llave de la cerradura y cerré la puerta. Subí á mi habitacion; no sabia que hacer. Dudaba si ir á avisar á mi familia, no sabiendo hasta que punto era fundada la declaracion de Rousselet; no sabia si debia ir á dar parte á la policia y á la gendarmeria; al fin me decidí á entrar de nuevo en mi habitacion.»

Durante algunos dias, Eduardo Donon persistió en estas nuevas declaraciones, no acusando terminantemente á su hermano, pero pareciendo creer en su complicidad, así como en la de su cuñada.* Su hermano, decia, le habia hecho desistir, despues de la prision de Rousselet, de decir al juez de instruccion lo que sabia respecto á aquel hombre.

Evidentemente eran falsas aquellas revelaciones de Eduardo Donon; pero la instruccion vió en ellas una nueva prueba de culpabilidad. Se hizo notar á Eduardo las inverosimilitudes de su relato, y el 4 de Abril se retractó, dando por razon de su mentira el deseo de contrarestar las acusaciones de Rousselet. «Destruia sus afirmaciones, dijo, hablando como él. Por lo demás, si yo hubiese querido hacerle cometer el asesinato, ¿habria tenido que prometerle cien mil francos, cuando en Pontoise habria podido encontrar quienes por quinientos ó seiscientos francos lo hubieran hecho?»

Si hasta entonces habia podido dudar la acusacion, desde ahora creia firmemente que habia dos culpables. Muy pronto hizo Rousselet que se encontrase la segunda llave del despacho. Aquella llave, oxidada á causa de haber estado metida en el agua

con carbon de la fragua, pareció ser la que no servia hacia mucho tiempo; la acusacion creyó que era la que Rousselet habia llevado á prevencion con todo lo demás, en tanto que la llave usada y brillante, encontrada gracias á Eduardo Donon, debia ser la que fué quitada de la cerradura el dia del asesinato.

En vista de estos cargos acumulados, consideró el Tribunal real de Paris, que debia avocar á si el proceso, y el señor Hébert, procurador general, quiso dirigir por sí mismo la acusacion.

El 26 de Junio de 1844 se abrió la primera audiencia bajo la presidencia del consejero señor Férey.

A las nueve, una apiñada y bulliciosa multitud invadió la sala; Pontoise entero se precipitó en su interior ó se estacionó inútilmente á las puertas. En una de las localidades reservadas se veia á Honorato de Balzac, ilustre autor de la *Comédie humaine*.

Las señoras estaban en mayoría; muchas de ellas y de las mas elegantes, que no pudieron encontrar sitio, procuraron que nadie las viera sentarse en el suelo detrás de los jurados.

Introdujose á los acusados. Entró primero Rousselet, que llevaba gaban azul, abotonado, corbata negra, y en la mano una gorra azul, con una gasa, porque llevaba luto por su víctima! Todavía se ignora si aquello era hipocresia ó remordimiento. Era hombre vigoroso, de unos cincuenta años; tenia afeitada la barba; los cabellos eran oscuros; sus facciones cuadradas ó angulosas denotaban energia; su continente era reposado y tranquilo.

Eduardo Donon atrajo las miradas aún mas que Rousselet: era casi un niño. Rubio, endeble, sus ojos azules sin expresion, y su fisonomia, fria y concentrada, denotaba una naturaleza sin energia, egoista, tímida ó solapada. El aspecto general era bastante distinguido, pero poco simpático.

Abrese la sesion. El Presidente señor Férey estaba asistido de los señores consejeros Buchot, Matis y Nél Dupeyrat. El procurador general señor Hébert, asistido del sustituto señor Tardif, ocupó el sitio del ministerio público.

Despues de leida el acta de acusacion, documento hábil y vigorosamente estudiado, fué interrogado Rousselet.

De sus contestaciones resultó que hacia veinte años mantenía relaciones con la casa Donon; que en los últimos ocho años se hicieron mas íntimas aquellas relaciones. Sin embargo, de los dos hijos del señor Donon-Cadot, no conoció mas que á Eduardo. Sus relaciones con este no comenzaron hasta fines de Noviembre de 1843, cuando aquel salió del colegio. «Le dije que era un guapo jóven, que debía estar muy contento por haber acabado su educacion, y que llegaria á poseer una gran fortuna. El hizo un gesto de desprecio, diciendo: «¡Ah, mi padre!»

»Despues, el 5 de Diciembre, como yo habia ido á Pontoise por un negocio de hipoteca, fui á ver al señor Donon-Cadot á su despacho. Despues subí á la habitacion del hijo. Eduardo estaba de pié. Me habló de sus amores, de la señorita Kuné. Me dijo cosas súcias que no me atrevo á repetir... que tenia por querida á la criada de su padre, que este tambien la queria, que tenia celos de él, y que daria cien mil francos á quien quisiera asesinarle. Entonces, desgraciadamente para mí, se me escaparon estas palabras:—¡Y quien lo haria por menos. Viendo que la cosa iba de veras, le diriji reconvenciones:—¡Un padre tan bueno! le dije, un tan... No hablo sino de la proposicion; pero los rechinamientos de dientes, las exclamaciones, todo esto es imposible de imitar; esa no es mi especialidad.

»Volví el 17. Eduardo estaba en el despacho con su padre. Se quejaba de un dedo que tenia malo. Le aconsejé que se pusiera en él agua de colonia, y fui por ella. Despues me acompañó hasta la puerta, y en el corredor me dijo:—Y bien, ¿pensais en lo que os he propuesto?—¿Cómo, Eduardo, le dije, pensais en ello todavía? ¡Eso es muy malo! ¡Es vuestro padre! ¡Es mi consejero!

»El 21 volví y subí á la habitacion de Eduardo. Estaba acostado leyendo una novela. Llegó un caballero con anteojos, que podria tener unos veinticinco años, el cual entregó una esquila á Eduardo y se marchó. Despues que se fué, Eduardo volvió á hablarme del asunto y de la cantidad ofrecida, añadiendo:—Con esa cantidad se tiene amigos. Convenimos en que yo volveria, pero no se fijó dia.

»Volví el 25. Aquel fué el dia desgraciado de mi vida. Nuestra conversacion duró hora y media. No

puedo deciros, señores, de qué medios se valió para hacerme consentir.

P.—Es menester decirlos.

R.—Seria demasiado largo. ¿Quereis que rechine los dientes, que apriete los puños, que eche espumarajos de rabia? Me habló de pagar á mi hermana de 25 en 25 dias. Me decia:—¿Qué arriesgais? Solo Dios y yo sabemos lo que hayais hecho. Entonces le dije:—Se hará.

«El 3 de Enero volví á Pontoise. Tenia intencion de hacerlo aquel dia, y fui provisto del instrumento. Fui á casa del señor Donon-Cadot para consultarle sobre mis negocios; aquel dia podia muy bien haberle matado; pero tenia un aire tan simpático... Y además estaba vuelto hácia mí... A fé mia que no tenia valor... Partí, y escondí el instrumento en el rincon de la pared del señor Truffaut. Pesaba muy bien libra y media.

»En el puente ví venir á Eduardo. Me preguntó si habia visto á su padre, y le dije:—Sí. A lo que él respondió:—¿Y qué? Contestéle:—No. Nosotros sabiamos muy bien lo que aquellas palabras querian decir. Me dijo:—Volved dentro de una hora, que estará solo. Volví, en efecto, y ví al buen señor asomado á la ventana. Estaba de cara á mí, y pasé de largo sin entrar.

»El 10 de Enero coji nuevamente mi instrumento, y fui á casa del señor Donon-Cadot; tambien aquel dia me hubiera sido facil. Arreglamos nuestra cuentecilla, con un billete que yo no podia cambiar, y del que quedaba debiendo 63 francos y 5 céntimos. Convenimos que el dia 15 iria para pagar aquel pico.

P.—Y el 14 escribisteis al señor Donon-Cadot diciéndole que estabais enfermo, y que no podiais ir el 15. ¿Era una mentira para preparar vuestra coartada?

Roussellet.—Por último, el 10 me dijo Eduardo:—Y bien, ¿cuántas veces vais á venir? Me indicó que volviera el 15, que era dia de vencimientos y que yo podria tomar lo que quisiera.

P.—¿Y qué interés podia tener él, que era hijo, en señalaros precisamente un dia de cobros para entregarlo todo á vuestra codicia?

R.—¡Ah! veia mis vacilaciones, ni pesar, y hacia todo lo posible para tentarme.

P.—Y siendo un hombre de cincuenta y dos años os dejabais llevar de lo que os decía este jóven! ¿Y os creiais así un hombre honrado?

R.—¡Ah! No sé nada de eso... Lo que digo es que estoy avergonzado... que me sorprende muchísimo.

P.—¿Quereis decir con eso que teniais trastornada la cabeza?

R.—Sí.

P.—Entonces no debemos dar mucho crédito á vuestras declaraciones.

Rousselet, golpeándose la frente.—La verdad está aquí... Eso es lo que yo sé.

P.—Pero habeis dicho mentiras sobre mentiras, y de las mas odiosas.

R.—Ahora estoy en el camino de la verdad.

»El 15 de enero llegué á Pontoise y até mi coche detrás del lavadero del Hospital. Dejé á mi mujer en el coche, y fui á buscar el instrumento donde lo habia escondido. Yo tenia medios para entrar en casa del señor Donon-Cadot; pero no necesité valerme de ellos, porque él acompañaba á un cliente hasta la puerta. Dicho cliente me reconocerá. Al entrar oí andar á Eduardo por el comedor. Yo estaba seguro que él vigilaria; me habia indicado las horas y coptaba conmigo como yo con él.

»Nos saludamos su padre y yo, y Eduardo lo oyó. Entonces oí que se subia á su habitacion.

P.—Decidnos lo que sucedió despues que entrásteis en el despacho.

R.—¡Ah! es muy cruel de decir... Al entrar, di los buenos dias al señor Donon-Cadot; me los dió á su vez, y luego se sentó y me dijo:—Hace frio.—Sí, le contesté.—¿Y aquello va mejor? prosiguió él.—No. Entonces el desgraciado se bajó para encender fuego. No le veia yo la cara; tenia en la mano este maldito instrumento, y le di un golpe con toda mi fuerza; dió un grito... ¡ah! ¡un grito!... Y cayó...

»¡Ah, señores! Si yo no hubiese sentido á alguien allí, es seguro que habria huido. En aquellos momentos oí que alguien quitaba suavemente la llave puesta en la cerradura por la parte de fuera... Me hallaba tan conmovido que estuve á punto de desmayarme... Recobré los sentidos, y volví á darle uno ó dos golpes para acabar de matarlo... y nada mas.

El señor Presidente.—¡Desgraciado!

Rousselet.—¡Oh! sí; pero no hice nada mas... ¡yo no queria matarlo! He oido decir que tenia desgarrados los vestidos: es que estaban muy usados; que tenia arrancados los botones: es que no los tenia. ¡Oh! señor, si yo le hubiera visto la cara á aquel pobre señor Cadot, seguramente que no le habria matado; pero perdí la cabeza, y... tuve una debilidad.

P.—¡Qué! ¿os atreveis á llamar debilidad á tal accion! No, habeis hecho lo que un asesino. ¿Cómo creer en vuestra emocion cuando habeis tenido la sangre fria de robar á vuestra víctima! ¿Qué sucedió despues?

R.—Cogí la cartera y todo lo que contenia.....; pero señor Presidente... ¡me intimidais!

El señor Presidente.—No soy yo quien os intimida, sino el recuerdo del crimen que habeis cometido.

R.—Si yo hubiera sido entonces un hombre como lo soy ahora, ni por un millon lo habria hecho, á buca seguro... Cogi, pues, todo lo que estuvo al alcance de mi mano: aquel era nuestro convenio. Cogi dos montones de piezas de cinco francos. Me marché cuando oí que se me habia caido una, porque habia visto á alguien mirando por la ventana desde la calle. Despues de haber corrido la cortina, me bajé para coger en un cesto objetos de plata, y entonces sali dejando la puerta entreabierta. Vi de lejos á Eduardo y le dije: ¡está hecho! Me hizo un signo con la cabeza que queria decir *si ó bien*.

Este interrogatorio seria abrumador para Eduardo Donon, si Rousselet no fuera solo para acusar al que designaba como su cómplice, y si las múltiples mentiras de sus primeras declaraciones no justificaran la duda sobre sus últimas revelaciones.

Interrogado á su vez, Eduardo Donon opuso á lo dicho por Rousselet formales negativas. Explicó sus falsas revelaciones de 26 de Marzo, diciendo que se las habia aconsejado un preso compañero de celda.

El primer testigo importante lo fué el señor *Allard*, jefe de la policia municipal; refirió los detalles de la prision de Rousselet y sus primeras tergiversaciones.

Despues el testigo pareció que vacilaba.

El señor Presidente.—¿Teneis algo que añadir á vuestra declaracion?

El señor Allard.—Sí, señor; despues de la prision de Eduardo, fui á verle á la Consergeria, estaba tranquilo, me dijo que habia sido careado con Rousselet, y me dijo: «¿Sabeis lo que piensa de mí la Justicia respecto al asunto?»—No sé nada, le respondí, ni aunque lo supiera lo diria. Pero la pregunta que me haceis revela alguna inquietud por vuestra parte. ¿Por qué la teneis?

«A esta pregunta, Eduardo se agitó, se coloreó su rostro, y se puso encendido. Estaba sentado, escondida la cabeza entre las manos, y se encorbó de esta manera....»

El señor Allard remedó un movimiento de ansiedad y desesperacion.

—En esta posicion me dijo que habian destruido la amistad que profesaba á su padre... Han puesto á una desgraciada jóven entre él y yo... ¡Sí, ha habido un complot! ¡Lo han formado mi hermano y mi tío! ¡Oh! no puedo decir nada: *depende de ello el honor de mi familia...*

»Y diciendo esto lloraba amargamente.—Yo, añadió, soy inocente. Conocia muy bien el complot, pero en él no tomé parte.—¡Qué! ¡acusais á vuestro hermano y á vuestro tío! ¡Pensadlo bien! Si, ellos no querian á mi padre.—¿Pero cómo es que Rousselet está mezclado en todo esto?—Ellos son los que le prometieron 100.000 francos. Yo no podia hacerlo. *Era menor de edad y no podia disponer de nada.*—Insisti para saber mas, y me dijo:—Me encuentro en un estado horrible; mañana os lo diré todo.—Y me limité á añadir: ¿Cómo habeis sabido que habia un complot contra la vida de vuestro padre?—Lo he sabido por suposicion, y despues por revelacion....—Lo dejé, porque se encontraba en un estado tal que era imposible exigirle nada mas en aquel momento.

»Al dia siguiente volví á verle. No me dijo nada, y me sorprendió.—Pero, señor..., me dijo.—¡Qué! le pregunté, ¿habeis acusado á otros para alejar las sospechas que pesan sobre vos? ¡Eso seria horrible!

Entonces se inclinó de rodillas y exclamó:

—¡Ah! creedme; ¡soy inocente! ¡Mi hermano, mi tío y varios vecinos de Pontoise son los que lo han hecho por odio y por venganza!—¡Oh! le dije, os suplico que no habeis así. Entonces volvió en sí, y me dijo:—Escuchad; Rousselet ha mentido. Pues bien,

para confundirle he querido mentir tambien. Todo lo que acabo de deciros es falso.

Oyendo lo cual, tomé el sombrero y me marché.»

Eduardo Donon rechazó esta declaracion diciendo que el señor Allard fué quien le sugirió la acusacion contra su hermano. «A fé mia, dijo, que tenia mucha hambre... Hacía cuatro horas que estaba allí y no acababa de marcharse; era menester que yo comprometiera á álguien, y le dije que sí y se marchó.»

El señor Allard contestó asegurando que él nada habia provocado.

El abogado Chaix-d'Est-Ange concluyó diciendo que no habia nada que fuera espontáneo en las declaraciones de Eduardo, ni tampoco en las de Rousselet; todo ha sido inspirado por la policia.

El señor Chauvet, principal del colegio de Pontoise, reprodujo, pero atenuándolo singularmente, su primer juicio sobre el carácter de Eduardo. Ya no era un mónstruo, sino un perezoso é indolente. El testigo excitó mas de una vez la hilaridad insistiendo con una pedanteria solemne sobre los accesits y los premios ganados por el jóven Donon.

El abogado Chaix-d'Est-Ange insistió sobre este testimonio, que por lo demás habia quedado tan debilitado que ya nada restaba de él. El principal del colegio de Pontoise dió el 20 de Junio, cerca del abogado señor Chaix, un paso que marcaba el carácter particular de su espiritu, paso inconveniente, escéntrico, pero que tenia cierta gravedad, porque destruia la primera declaracion en la que presentaba á Eduardo Donon como un mónstruo. El señor Chauvet escribió al defensor de Eduardo esta singular carta, cuyos solecismos acentuó el ilustre abogado con ingeniosa malicia:

El principal del Colegio de Pontoise al señor Chaix-d,Est-Ange.

«Señor:

»Quizá seria bueno, en interés de la justicia y de la causa que vais á defender, que pudiérais oirme antes de que se abran los debates; mi posicion excepcionalísima de testigo (confieso dice el abogado Chaix-d'Est-Ange, que no he comprendido lo que quieren decir estas palabras: «Mi posicion excepcionalísima de testigo.» Esta es una falta. (Sonrisas.) Continúo:) Mi posicion excepcionalísima de testigo

podría seros muy útil. (El abogado Chaix parándose otra vez: «¡Muy útil!»)

»En mi alma y en mi conciencia, el acusado Eduardo Donon no es culpable. Los motivos de mi convicción serán explicados ante el tribunal, ó mejor ante vos, si lo juzgais conveniente. (El abogado Chaix: ¡No lo comprendo! ¡Esta es otra falta!)

»En esta dura hipótesis, una cita á vuestro despacho (¡una cita á vuestro despacho!) me haría ir á vuestra casa el domingo á la hora indicada.

»Mi carta está inspirada en un sentimiento de justicia y de imparcialidad de que nunca me apartaré.

»Tengo el honor de presentaros mis respetuosas consideraciones.

»Firmado, CHAUVET,

»Principal del colegio de Pontoise.

»Pontoise 20 de Junio de 1844.»

Por grave que haya sido la primera declaración del señor Chauvet, repuso el señor Procurador general, no se refiere sino á los antecedentes; no suministra mas que datos sobre la moralidad y no causa certidumbre. La acusación y el jurado pueden encontrar en ella un medio de comprobación, pero no una prueba del hecho de que se trata, y perfectamente definida. Es menester, pues, no exagerar su importancia.

El señor Pierrot de Selligny, provisor del colegio real de Luis el Grande.—No he conocido á Eduardo Donon-Cadet mas que durante tres años. Estaba de pensionista en el colegio de San Luis el Grande. La idea que me dejó de él no es la de un joven malo ó violento, sino la de un escolar disipado, desobediente, brusco, poco sociable. Los que le han conocido en el colegio hasta se han sorprendido de verle complicado en este desgraciado proceso. Me daba motivos de disgusto que no pasaban la medida ordinaria. El único recuerdo perfecto que conservo es el de la mala dirección que había recibido en familia la debilidad de su padre por este niño. (Sensación.) Cuando iba á Pontoise permanecía allí dos ó tres días mas de los que permitían los reglamentos. Esta fué precisamente la razón que me obligó á echarle fuera.

Hacia el 1.º de Enero de 1842 supe que Eduardo, que no había vuelto regularmente al colegio, estaba solo, abandonado hacia tres días en París. Escribí á

su padre diciéndole que no quería seguir siendo responsable de una educación en la que era tan mal secundado. Fué el padre, insistió para conseguir que su hijo volviera á ser admitido en su colegio de Luis el Grande. Después no he oído hablar mas del señor Eduardo ni de su padre.

P.—¿Cometía violencias contra sus condiscípulos?

R.—Era indisciplinado; pero, lo repito, no tenía nada de violento.

P.—¿Cómo habeis apreciado su carácter?

R.—Lo he considerado siempre como un joven disipado y poco estudioso. No había hablado de su carácter brusco y poco sociable que me ha sido recordado por los informes que después he tomado. Repito que no era violento. Nunca, cuando he mandado llamarle á mi despacho para darle una *reprehension*, me dió una mala respuesta, y siempre permaneció silencioso. Sus relaciones con sus compañeros eran buenas; he sabido, sin embargo, que había tenido en los seis meses últimos cuestiones con algunos de ellos, principalmente con un escolar cuyo nombre he tomado, con el estudiante Planat.

P.—¿Tomó parte en complots que tuvieran por objeto la desobediencia?

R.—No. El fondo de su carácter era la apatía, el abandono mas bien que la mala voluntad. Tal es la impresión que me ha quedado.

El señor Presidente.—Eduardo, ¿teneis algo que decir sobre la declaración del señor Pierrot?

Eduardo.—Señor, me parece justa.

El señor Barbet-Massin, jefe del colegio.—Todo lo que puedo decir sobre el señor Eduardo es que era muy sombrío, muy taciturno y muy perezoso. Nunca lo he tenido por joven disipado, bullicioso ni perturbador. No trabajaba. Por este motivo rogué á su padre que lo sacase del colegio.

P.—¿Tenía relaciones con sus compañeros?

R.—Muy pocas. Costábame trabajo hacerle bajar al patio las horas de recreo. Amaba la soledad, y procuraba únicamente permanecer en la oscuridad.

P.—¿Era violento, daba malas respuestas?

R.—Nunca le ví actos de violencia; algunas veces daba malas respuestas, pero sin traspasar ciertos límites.

P.—¿Supistais que fuera el promovedor de un pequeño complot que entre al formaran los discípulos?

R.—Nunca.

P.—¿En qué fecha entró en vuestra casa?

R.—En el mes de Enero de 1842.

P.—¿Sabiais que habia sido expulsado del colegio Luis el Grande?

R.—Lo sabia. Por recomendacion del señor censor del colegio Luis el Grande, de parte de quien me lo llevó su padre, lo admití. Yo mismo fui á tomar informes del señor censor, y cuando supe que habia sido expulsado por una infraccion de la disciplina, por una simple salida, no vacilé en admitirlo en mi casa. Solamente que puse por condicion que el jóven no saldria nunca por Paris sino con su padre ó con su hermano mayor.

P.—¿Lo echasteis fuera?

R.—Si; pero no fué á consecuencia de un escándalo, sino porque hacia sus estudios muy medianamente, por no decir muy mal. Aconsejé á su padre que le hiciera abandonar los estudios clásicos y que lo pusiera en una escuela de comercio, puesto que queria dedicarlo al comercio; no habiendo producido ningun efecto estas quejas fué su padre á verme á fines de Junio. Le repetí que haria mal en mantenerlo hasta fin del año en el colegio. El señor Donon-Cadot me rogó que esperase un poco, y que lo dejase salir con él en la esperanza de que conseguiria algo. Volvió al dia siguiente, y me dijo que estaba muy persuadido de la verdad de lo que le habia dicho, y que iba para llevarse á Eduardo á Pontoise.

P.—¿No teniais otros motivos para expulsarle que su pereza, su poca aplicacion?

R.—Ninguno más.

Algunos testigos declararon sobre la moralidad de Rousselet. El señor *Chenel*, notario, alcalde de Francoville, conoció siempre á Rousselet apacible y atento. Su posición estrecha, la esperanza que abrigaba de un porvenir mejor, y las necesidades de sus hijos excitaron el interés del testigo, que se interpuso para hallar medio de que cesaran las reclamaciones de que Rousselet era objeto.

Varios cultivadores y negociantes, entre los que se contaba un aldeano obstinado en los usos y cos-

tumbres antiguos, y que llevaba todavía el traje gris y la peluca empolvada, declararon que nunca tuvieron por qué quejarse de Rousselet. Oyeron hablar de un hijo suyo muerto de un golpe recibido en la fragua, pero no supieron que el padre fuese acusado de su muerte.

El señor Husson, médico del colegio de Luis el Grande, dijo que habia conocido á Eduardo desde su infancia, y que durante la enfermedad de su madre habia el hijo dado pruebas de una grande solicitud, y que fué viva su pena cuando la perdió.

A este recuerdo de su madre, las lagrimas se agolparon á los ojos de Eduardo Donon.

El señor Touchard (Francisco Alejandro), alcalde de Pontoise, oyó algunas veces al padre Donon-Cadot quejarse de su hijo. Le decia: «¿Cuando le reprendis, qué contesta?—Nada, baja la cabeza.» Todas las quejas del padre se resumian en censuras por la pereza de su hijo. En cuanto al padre, era de un caracter excesivamente violento. Estoy persuadido, añadió el testigo, de que si Eduardo hubiese hecho una proposicion para que asesinaran á su padre, se habria espuesto á morir, porque si se hubiese dirigido á una persona que se lo hubiera dicho á su padre, éste se habria echado sobre su hijo con un morrillo en cada mano é infaliblemente lo habria matado ó arrojado por la ventana.

Era un hombre de tal manera violento, que un dia, haciendo trabajar á los obreros en una de sus propiedades, en un foso que hacia cavar en pleno invierno, llegó en ocasion que los trabajadores habian encendido algun fuego con raices. Montó en cólera y con los piés esparció la lumbre, reprendiendo á los obreros porque le gastaban la leña en vez de cavarle la zanja.

El señor Chaix d'Est-Ange.—El testigo vió muchas veces comer al señor Donon-Cadot. ¿Puede decirnos cómo estaba servida su mesa?

R.—Muy mal. Recuerdo que un dia llegué cuando iba á comer (no tenia hora fija). Tenia delante un ganso en adobo; «cuando se tiene apetito, me dijo, no se es delicado para la comida. Esto habrá de durarme toda la semana; mientras haya de esto será menester gastar de ello.»

El abogado Chaix.—¿No era el señor Donon muy

poco puntual en sus cosas? ¿Había sorprendido mucho al testigo si le hubiesen dicho, aún en un día de pagos, que el señor Donon hacia tres ó cuatro horas que estaba fuera de su casa?

R.—En manera ninguna. No me habría sorprendido ni que su ausencia hubiese durado más, y eso porque conocía el secreto de su difícil situación.

El abogado Chaix.—Rousselet dice que escondió su instrumento en un agujero de la pared del señor Truffaut: ¿le parece eso posible al testigo?

R.—Me parece muy difícil, en primer lugar por la disposición de la pared, que conozco, y en segundo, á causa de que los mandaderos se estacionan cerca de aquella pared.

El señor procurador general.—¿No hay un agujero en la misma, tocando al suelo?

R.—Es el que da salida á las aguas de la casa del señor Truffaut, y me parece difícil introducir en él alguna cosa sin ser visto.

Rousselet.—Escondi el instrumento á unos dos metros de la esquina de aquella pared, bajándome para ello.

El testigo.—Si el acusado no temió ser visto bajándose, es posible. Pero no estoy muy seguro de que no le hayan visto, porque los mandaderos están allí siempre, y aquel movimiento debía llamarles la atención: aunque no se escondiera mas que una moneda de diez céntimos, se podía tener la seguridad de que irían á ver lo que se había escondido.

El abogado Chaix.—¿Se acordaría el testigo de una conversacion que tuvo con el Sr. Chauvet, principal de Pontoise, al salir del despacho del juez de instruccion en donde había hecho la declaracion que el señor procurador general ha leído?

R.—El señor Chauvet nos dijo: Acabo de prestar una declaracion que ha de salvar á Eduardo.—¿Cómo? le preguntamos. Y nos refirió lo que había dicho. ¡Bien! ¡Buena! le dije; habeis conseguido perfectamente vuestro objeto declarando así, os felicito por ello.—¿Cómo! repuso, pues si su abogado sabe sacar partido de mi declaracion, hará que lo absuelvan por monomaniaco.

El abogado Chaix.—Eso me basta para hacer desaparecer del debate esta declaracion, que está ya juzgada, á lo que me parece.

El señor procurador general.—No resulta menos probado el hecho de que, en todo caso, el señor Chauvet se ha sentido animado del deseo de salvar á Eduardo.

El abogado Chaix.—¡Oh!..... si el señor procurador general quiere conservar aquella declaracion, bien, la discutiremos. Pero no me gusta perder el tiempo con una declaracion que ya está destruida.—¿Puede decirnos el señor Touchard si el señor Chauvet no es llamado algunas veces en Pontoise de otro modo en vez de decirle el señor principal?

El testigo, titubeando.—Eso es delicado..... Mirad, yo no querria ser el primero en decir esas cosas; porque, en fin, me parece que si yo las dijese, la Universidad podría creerse obligada á quitarnos nuestro principal.

El abogado Chaix d'Est-Ange.—Es un hecho notorio y es menester decirlo, puesto que se mantiene en los debates la declaracion del señor Chauvet.

El testigo.—Pues bien, cuéstemelo lo que quiera, voy á decirlo. El señor Chauvet ha vivido mucho tiempo en Inglaterra..... Ha traído de allí ciertos hábitos..... y aseguro que se llama *Mylord-Crachefort*. (Grandes y estrepitosas carcajadas).

Carolina Mérandon excitó una viva curiosidad. Esta jóven, de veinte años, tenía una fisonomia vulgar. Confesó, ruborizándose, sus relaciones con el padre y con el hijo, los celos y falta de armonia que reinaban en aquella triste casa. Eduardo le decía que despues de muerto su padre, seria uno de los mas ricos herederos de Pontoise.—¿Os amaba mucho? le preguntó el señor Presidente.—Carolina, mirando á Eduardo:—No lo sé.—Tenia un humor salvaje, un mal carácter. Carolina reprodujo los detalles de la vergonzosa expedicion en busca de placeres del mes de febrero, y añadió que Eduardo, ya acostado con ella, no quiso que apagara la luz, porque desde la muerte de su padre no podía dormir sin tenerla encendida.

Varios testigos aumentaron la confusion de este proceso declarando que durante todo el día 15, Eduardo recibió con completa tranquilidad á los que fueron á visitarle, y que á un aldeano le firmó un recibo con una letra clara, suelta y bien hecha como de ordinario.

Uno de los testigos dijo que desde que murió la señora Donon había extremada frialdad entre las relaciones del padre y del hijo.

La tía *Jacob*, criada de la señora Hamot, observó que el 1.º de Enero de 1844, Eduardo no había felicitado el año nuevo á su padre. El 3 de Enero notó cerca de la casa á un hombre alto, que llevaba blusa y sombrero, y no se atrevió á asegurar que era Rousselet. Se envió á la Conserjería por la blusa de Rousselet, y se le puso á este, quien así vestido y con la gorra, tenía un aspecto siniestro. La testigo no pudo, sin embargo, afirmar que fuera Rousselet el hombre del 3 de Enero.

El señor Aquiles Leballeur, juez de paz de Pontoise.—El 13 de Enero por la noche, al salir del círculo, vi cerca de la casa del señor Donon, á eso de las siete y cuarto, á un hombre fornido, alto, con gorra y blusa; andaba despacio, y subía y bajaba la calle; le observé, le seguí, volvió atrás y yo también, dió la vuelta y yo también la di al mismo lado. Tuve cuidado de ir por la sombra para que no me viera bien. Así paseamos durante algún tiempo, hasta que al fin dobló la esquina de la casa del señor Truffaut y desapareció. Me fué imposible, á causa de la oscuridad, verle la cara; pero, *no importa*, creo que lo reconocería si lo viese con una blusa y andando delante de mí.

Por orden del señor Presidente, Rousselet se quitó su gaban, se pone el traje que llevaba el día del crimen y encima su blusa azul. Así vestido, salió de la sala volviendo á entrar poco despues, escoltado por gendarmes que lo vigilaban, por la puerta de los testigos.

Rousselet se adelantó hácia los estrados. Su estatura era muy elevada. Andaba despacio con un movimiento de espaldas muy pronunciado, y cruzó los brazos.

El señor Leballeur.—¡Ese, ese es! El es, no creo equivocarme... Así es como aquel hombre tenía cruzados los brazos.

Se mandó andar á Rousselet á fin de que el testigo pudiese observar mejor su identidad.

El testigo.—Tiene exactamente el mismo movimiento de espaldas, el mismo aire, el mismo aspecto!

Al mismo tiempo, el señor Leballeur cruzó los brazos y comenzó á andar como Rousselet, tratando de fijar bien sus recuerdos y murmurando á media voz: «¡Es éll sí, es éll!» (Dirigiéndose á Rousselet):— ¡Sois vos! Recordad bien, bajasteis la calle y luego la subisteis; ibais y veniais: ¡debisteis verme! ¡Veamos, miradme bien! (Rousselet nada responde.) ¿No visteis en la sombra á un hombre que os seguía?»

El señor Presidente.—Rousselet, ¿qué tenéis que decir?

Rousselet, quitándose la gorra.—¿Llevaba yo esta gorra?

El testigo.—No, esa es mas nueva.

Rousselet.—¡Como que me la han dado en la Conserjería!

El testigo.—¡Oh! *no importa*, no creo que me equivoque... ¡Seguramente sois vos!

(Aquí el testigo reprodujo su pantomima, anduvo y cruzó los brazos como el acusado.)

El señor Presidente.—Pero, en fin, Rousselet, ¿erais vos?

Rousselet.—El señor se engaña. Tengo cincuenta y dos años, y jamás me he hallado en Pontoise despues de las tres de la tarde.

El testigo, volviéndose hácia los señores jurados.—*No importa*, creo que no me equivoco.

Rousselet.—El día 18 era sábado. Pues bien, se puede citar á cincuenta testigos que probarán que aquella noche estuve trabajando en mi casa hasta las nueve.

El señor Presidente, al testigo.—¿Cómo juez de paz, como hombre público, habeis tenido que comunicar á álguien esta circunstancia tan grave?

El señor Leballeur.—No me acuerdo. *No importa*, creo habérselo dicho á casi todo el mundo.

El señor procurador general.—Si lo hubieseis dicho se habrían hecho averiguaciones. La familia habría podido oiros; las instrucciones, debeis saberlo, se hacen tanto para los cargos como para la defensa.

El testigo.—*No importa* que se lo haya dicho á muchas personas.

El abogado Chaix-d'Est-Ange.—¿No pidió también el testigo permiso para visitar á los presos?

El testigo.—En efecto, manifesté deseos.

El señor Presidente.—Sóis un hombre público, y debéis saber á quien hay que dirigirse para ver á los prisioneros. Si hubiérais manifestado deseos, no solo no se os lo habria negado, sino que se habrian apresurado á satisfaceroslos.

R.—*No importa*, creo haber dirigido mi peticion al señor sustituto.

P.—¿Acaso os la denegó?

R.—Por el contrario, me prometió acceder á ella.

P.—¿Despues de la prision de Rousselet?

R.—No, antes.

El señor Procurador general.—Pero ¿fueron mas vivos vuestros deseos despues de la prision, y hablásteis al fin al señor juez de instruccion?

R.—Creo que el señor Picard estaba muy ocupado con unos testigos, y solo hablé con el señor Fleury.



Estaba sentado con aire pensativo...

El señor Presidente.—Es extraño que vos, siendo juez de paz, hayais descuidado aclarar un hecho que podria ser importantísimo, y ayudar á la justicia.

El testigo.—Tenia yo muchas cosas á que atender en aquel momento.

El señor Procurador general.—No podia haber para vos otra preocupacion en aquel momento que la de descubrir la verdad.

El abogado Chaix.—El señor juez de paz habló de aquel hecho á todo el mundo.

El señor Procurador general.—El señor Leba-

lleur habria hecho mejor en hablar á menos personas y en dirigirse al señor juez de instruccion.

El señor Presidente.—Guardias, acompañad á Rousselet á su banco. (Al testigo):—Reparad otra vez su manera de andar para que os cercioreis mejor de que es efectivamente el que visteis.

El testigo observó nuevamente á Rousselet que se vá, y dice, cruzando como él los brazos como para imitarlo:

«No importa, ¡él es!

Interrogado sobre la actitud de Eduardo la vis-